

LA VIDA DESPUES DE LA MUERTE

(Life After Death)

Teosophical Publishing House, Adyar, 1919

Annie Besant

¿Es posible saber algo sobre la vida que sigue a la muerte física? ¿Se puede conocer lo que nos va a pasar entonces? Lo único de lo que estamos absolutamente convencidos es de que, irremisiblemente, tendremos que morir. Tanto actualmente como en la antigüedad, se nos asegura que puede conocerse el mundo en que habitan los muertos y hacer en él observaciones, como si se tratara de un país extranjero cuyas costumbres fuéramos a estudiar. Al mundo moderno se le ofrecen dos caminos a seguir: primero, el más fácil y poco satisfactorio de los espiritistas; y segundo, el que aconsejan los teósofos, camino difícil en el que los resultados obtenidos nos resarcan con creces de los esfuerzos realizados.

Antes de explicarnos los métodos teosóficos de investigación y las ventajas de ellos, veamos en qué consisten y se diferencian los dos sistemas a que acabo de referir.

Para seguir el método espiritista no se requieren estudios especiales, ni un sistema de vida determinado. Basta con ser médium, es decir, con poseer una constitución física peculiar que relacione este mundo con el mundo de ultratumba. El método de comunicación consiste, bien en que una persona ceda su cuerpo para permitir que otra lo ocupe, o que las entidades desencarnadas se materialicen, reapareciendo en el mundo que abandonaron.

Del primero de estos métodos -el de dejar el cuerpo para que lo ocupe otra persona- existen enorme cantidad de datos y referencias evidentes, no sólo procedentes del campo espiritista, sino también del científico, con lo que se ha demostrado que en un cuerpo humano pueden existir varias personalidades. Los casos de personalidad múltiple, que tanto están estudiando actualmente los psicólogos, contribuyen a darnos a conocer, de un modo notable e interesante, los sistemas empleados para morar en los cuerpos humanos, demostrándonos que puede habitar en ellos más de una entidad. Aunque esto no se diera por cierto, hay tantas pruebas evidentes de la posesión del cuerpo por entidades desencarnadas, que hoy en día no es posible afirmar que todos los fenómenos son fraudulentos, aunque tal cosa ocurra con frecuencia. Los que han estudiado en profundidad la cuestión saben que hay fenómenos que están por encima del engaño, sobre todo cuando se toman las debidas precauciones científicas. No vamos a combatirlos basándonos en que se fundan sobre hechos siempre inciertos, sino más bien en que los seres con que uno puede relacionarse valiéndose de este sistema, rara vez os darán una información seria y convincente de la vida futura. Son, principalmente, los seres más cercanos a la tierra que acaban de abandonarla y, en general, no parecen poseer gran inteligencia ni conocer a fondo las condiciones de vida que se llevan más allá de la muerte. Sus relatos, a veces interesantes, no son detallados ni precisos; considero que el espiritismo contribuye al conocimiento de la vida post mortem de un modo muy limitado, si bien es convincente en cuanto al hecho de la supervivencia del alma. Uno de los inconvenientes de este sistema

estriba en que esta clase de experiencias va acompañada del agotamiento de la energía vital y los mediums salen perjudicados.

Si no existiera otro procedimiento, todo esto estaría justificado, pero conociendo otro creo que debemos seguirlo. Este otro consiste en utilizar nuestra naturaleza espiritual para entrar en contacto con quienes han desechado la pesada vestidura corporal. Tanto antes como después de la muerte, somos espíritus. Si nuestra naturaleza puede comunicarse con este mundo desde el otro, también debe poder investigar en el otro desde éste. Ese es el procedimiento que emplearon antiguamente los Grandes Instructores, y el que sustentan y sustentaron las religiones enseñadas por sus fundadores. Estando basado en nuestra misma naturaleza espiritual, sólo nos resta utilizarlo y hacer investigaciones por cuenta propia. Este procedimiento se basa en que nosotros somos espíritus encerrados en cuerpos; en que éstos se hallan en relación con otros mundos del mismo modo que con el físico, y en que podemos educar nuestros cuerpos físicos y psíquicos para que actúen tan inteligentemente en el mundo psíquico como en el físico investigando así, por nosotros mismos, los mundos existentes tras el velo misterioso de la muerte. Las investigaciones teosóficas se han llevado por ese camino.

Puesto que somos inteligencias espirituales, no hace falta que esperemos el día en que nos separemos definitivamente del cuerpo para investigar lo que hay más allá del umbral de la muerte. Nuestro cuerpo ha de servirnos de morada y no de prisión. La llave que la abra debe estar en nuestro poder y no en las manos de la muerte. Esto se ha proclamado y verificado frecuentemente y en ello he de basar cuanto hoy os diga. No os referiré nada que no haya comprobado antes con certeza por mi misma, pues es nuestra costumbre verificar muchísimas veces lo que hemos observado hasta adquirir una certeza absoluta.

Por tanto, empiezo afirmando que es posible abandonar el cuerpo y volver luego a entrar en él. Quizás esto os parezca extraño, a pesar de que lo hacéis todas las noches. Cuando estamos durmiendo abandonamos, como inteligencias vivientes, nuestros cuerpos. Los investigadores científicos están admitiendo que el cuerpo se abandona al dormir, si bien, para demostrarlo, se sirven de lo que ellos denominan trance, lo cual no es sino una forma de sueño en el que el cuerpo físico es insensible al estímulo. Está demostrado, más allá de toda duda, que es posible abandonar el cuerpo y que, en ese caso, la inteligencia es más poderosa y activa que en los estados normales de conciencia. En nuestras investigaciones partimos de este hecho: la posibilidad de salir del cuerpo físico sin pérdida de inteligencia. Sin embargo, este estado no es de sueño ordinario, sino el abandono deliberado del cuerpo conseguido por una auto-educación, abandono que se realiza tanto en el estado de sueño como en el de vigilia, hasta que se llega a tender un puente por encima del abismo de inconsciencia que los separa. pudiendo abandonar el cuerpo sin pérdida de conciencia y volver a él para imprimir en el cerebro lo que se ha observado fuera.

Veamos ahora qué les sucede a las personas al abandonar el cuerpo físico en el momento de la muerte. Ocurre exactamente lo mismo que cuando nos quedamos dormidos. En el momento de la muerte no se experimenta dolor alguno, a pesar de que a veces parezca que se sufre. Los sufrimientos han cesado. La mente, en el momento de la agonía, no siente las contorsiones del cuerpo moribundo puesto que concentra su atención en su existencia inmortal, consciente del mundo nuevo en el que va a entrar y del que está a punto de abandonar. Por eso deben tener cuidado los que se encuentran alrededor del lecho de un moribundo para no atraer su atención hacia la tierra con ruidosas demostraciones de dolor que pudieran turbar el sosiego de sus últimos instantes. Durante las primeras horas no es consciente de lo que le rodea, pues se halla como circundado por sus sueños, dichoso y contento de que se hayan terminado las

fatigas de la enfermedad. Es una pausa de pocas horas entre este mundo y el otro, después de la cual las experiencias del que ha cruzado el misterioso umbral de la muerte dependerán de la vida que haya llevado en la tierra.

Para que esto se entienda mejor, clasificaremos, aunque sea burdamente, a los que pasan a morar en ese mundo. Empezaremos por el ser humano de nivel más inferior: el salvaje, el criminal congénito, el hombre de violentas e irrefrenables pasiones cuyos goces dependen únicamente de la satisfacción de sus apetitos. Se encuentran allí muchos hombres cuyas experiencias son dolorosas, lo que es lógico que suceda en un mundo en que la Ley es inmutable y en que el efecto sigue, invariablemente, a la causa. ¿Qué otra cosa podría sucederle a quien busca su deleite en las cosas físicas, cuando la muerte le obliga a salir del cuerpo y en el alma le quedan todavía las pasiones que ya no puede satisfacer? ¿No experimentará, acaso, dolorosas añoranzas de los placeres perdidos, sufrimientos intensos por no poder satisfacer sus deseos y una ansia enorme de volver a sentir, una vez más, las sensaciones que representaban en la tierra la única clase de felicidad conocida por él? ¿No se desconcertará al ver que esos placeres están fuera de su alcance? Esto es lo que relatan todas las religiones sobre el infierno, aunque exagerándolo tantísimo que le han hecho perder su validez. La Ley es la Ley. Los beodos y libertinos, víctimas de deseos insaciables han de sufrir, después de la muerte, hasta que sus deseos se agoten por falta del alimento que el cuerpo les proporcionaba. Lo cual no es ningún castigo, sino una consecuencia inevitable; ni tampoco es la pena arbitraria infligida por un Dios colérico y vengativo, sino el funcionamiento de la más compasiva y justa ley de la naturaleza de que, según lo que siembre el hombre, eso será lo que coseche, y de que, cuando madure la siembra aprenderá si hizo bien o mal al sembrarla.

En algunas religiones antiguas en las que estos hechos se conocían bien, se ordenaba a los hombres que vivieran aquí de tal manera que no tuvieran que sufrir allí. Al ordenar la vida humana recomendaban a los hombres que cuando llegaran a la vejez renunciaran a los placeres ordinarios del mundo y se dedicaran más a pensar y prescindieran de los placeres físicos; más al estudio, la meditación y la oración que a los intereses terrenales, preparándose deliberadamente de este modo para lo que tenía que sucederles en la otra vida, de tal manera que, cuando cruzaran el umbral de la muerte pudieran dejar tras de sí sus pasiones y concentrarse en las emociones puras y en los pensamientos elevados.

Tras esta etapa hay otra de intensos sufrimientos en la vida *post mortem* que podría evitarse con facilidad si supiéramos que allí el pensamiento tiene más poder que aquí, y que las cosas en las que creemos en esta vida son formas y fuerzas que tendremos que afrontar en la otra.

El verdadero perjuicio que ocasiona la predicación de la doctrina del sufrimiento eterno sustentada por algunas sectas inferiores del cristianismo es que produce, en los que son víctimas de ellas, unas horas o días de sufrimiento, debido en parte al temor y en parte a los horrores que temen.

Hemos encontrado a veces en el otro mundo a algunos cristianos fervientes, aunque ignorantes, que creían en la terrible doctrina del infierno. Aterrorizados, esperaban la condenación que creían posible. Los que abandonan el mundo pensando que ha de sucederles algo terrible acaban por ser víctimas de lo que temían aunque, por fortuna, esto no se prolonga mucho, porque hay allí bastantes seres que se dedican continuamente a ayudar a los que acaban de llegar, haciéndoles saber que no deben temer nada, ni torturarse esperando lo que no ha de suceder. Es necesario que los que se sirven del poder de la palabra para enseñar las religiones no hablen a los pecadores de esos terrores, porque crean así el infierno que ha de torturarles hasta que vean cuán burda es tal creación mental. Esto ocasiona allí tantos sufrimientos

innecesarios que no debe extrañarnos que los que lo hemos visto y hemos actuado para deshacer esos errores, procuremos combatirlo.

Los que entran en el otro mundo a causa de una muerte repentina -suicidio o accidente- son los que más necesitan la ayuda de los auxiliares a los que antes me he referido. Las grandes inteligencias, a las que vosotros denomináis ángeles, realizan gran parte del trabajo de auxiliar y consolar a los que, lanzados de repente al otro mundo, se sienten allí como si fueran extranjeros que llegan a un país desconocido. Por eso, en las letanías de la Iglesia cristiana se dice que se nos libre de muerte repentina. Hay quien dice que no ve la necesidad de rezar esa oración, pues lo mejor sería morir de repente y sin saberlo. Pero los que conocen cómo se vive en el otro mundo opinan lo contrario. Es mucho mejor la enfermedad en la que se va perdiendo lentamente el apego a la vida, que no verse arrojado de repente del cuerpo, con rapidez desconcertante que a veces aterriza al recién negado que no está preparado todavía para entrar en ese mundo. Los que saben y conocen esto no desean morir de repente y comprenden que esa oración cristiana está basada en el conocimiento oculto.

Con frecuencia me han preguntado cuál es el destino de los suicidas, pero es imposible responder a esa pregunta, porque el destino depende de la vida que se llevó anteriormente y no del simple hecho súbito que acabó con ella en la tierra. Nada viola la Ley. En todos los casos de rápido abandono del cuerpo, ya sea por suicidio o por accidente, el hombre no muere, en el verdadero sentido de la palabra, es decir, no muere como si hubiera terminado normalmente el ciclo de su existencia. Por eso debe agotarlo en el más allá. Sólo que las condiciones son menos favorables allí que aquí, puesto que lleva la misma vida que en la tierra pero sin cuerpo físico, como si estuviera encadenado a ella sin poder abandonarla hasta que llegue el momento o la hora natural de la muerte. Por esto, el suicidio es siempre un acto de locos, puesto que se coloca uno en una situación más desventajosa, sin lograr liberarse de los sufrimientos y dificultades que se trataba de eludir. Los únicos casos en que al suicidio le sigue un sueño sosegado es cuando el dolor ha arrebatado el alma y no se es responsable del acto irreflexivo que puso fin a la vida.

Las observaciones hechas en el más allá nos han convencido de lo errónea que es la pena capital. No hay locura ni crimen mayor que lanzar a un criminal al otro mundo basándose en la ley; no sólo porque se pierde la oportunidad de ayudarlo a que se reforme, sino también porque se comete la insensatez de dejar libre a una inteligencia malvada a la que aquí es tan fácil impedir que perjudique a los demás hombres. El criminal que ha cometido un asesinato se ve imposibilitado de cometer otro mientras lo mantengáis en prisión, pero ¿cómo vais a controlarlo si lo arrojáis del cuerpo? Estas personas son las que han dado origen a la fábula de los diablos tentadores. Furiosos por verse ajusticiados, odiando a la sociedad y llenos de deseos de venganza, incitan a otros criminales a cometer actos semejantes a los suyos. Con frecuencia, el peor contingente que llena las cárceles procede de una serie de crímenes similares sucedidos en la comunidad que condenó a un asesino a la última pena.

Dejemos este ambiente sombrío de la vida humana y pasemos a estudiar a los hombres corrientes. de tipo inferior y naturaleza pecadora, tan comunes en la tierra. Son seres cuyo único placer consiste, aparte del trabajo con el cual se ganan la vida, en las carreras de caballos, las diversiones y todos los placeres que se pueden experimentar con el cuerpo; seres que no se esfuerzan por estimular el pensamiento ni en cultivar sus emociones elevadas. Sus diversiones son triviales, pueriles y se basan, principalmente, en el intercambio del dinero. A esa clase de seres humanos corresponden también las mujeres cuyo mayor placer es el vestir a la moda y llevar una vida ociosa. ¿Qué se va a hacer con esas personas que, al entrar en el más allá, han perdido gran parte de lo que era la base de su existencia? Al

abandonar el cuerpo lo han perdido casi todo, puesto que lo que les interesaba estaba muy relacionado con las cosas físicas. No disfrutaban con los placeres intelectuales y artísticos, ni experimentan emociones elevadas. Sólo se interesan vivamente por ir vestidas a la moda y por las distracciones, cosas que no pueden llevarse consigo al otro mundo. Sin embargo, estas personas no padecen allí grandes sufrimientos. Sólo llevan una vida gris, desdichada y aburrida, hasta que despierta la parte superior de su naturaleza y ésta empieza a entrar en actividad, es decir que, hasta ese momento, esas personas llevan una vida *post mortem* tediosa. No cabe duda de que es conveniente saber esto de antemano, y no cuando se cruza el umbral de la muerte. Basta con prevenirse contra lo que ha de ocurrir allí. Estudiad vuestras diversiones y ocupaciones y procurad que algunas sean de tal naturaleza que no pueda destruídas la muerte. No es mi intención criticar la búsqueda del placer. Todos los seres humanos tienen necesidad de alguna distracción, sobre todo los que realizan trabajos rudos y penosos. Los placeres son para ellos como rayos de luz que iluminan el antro tenebroso en que viven. Pero, ¿es acaso necesario que busquen placeres estúpidos y execrables? Hay que meditar sobre esto. Consideremos la música, por ejemplo. La música suscita emociones que perduran después de la muerte y que podéis utilizar allí en forma de placeres elevados. Entonces, ¿por qué no hemos de escuchar la música que nos eleve, en vez de la que nos degrade? No es necesario que sea música clásica y difícil de comprender, basta con que sea una noble balada o una canción que evoque en nosotros un sentimiento elevado, una emoción pura, algo mejor que el pobre ruido acompañado de otro tipo de música. vaciedades impropias de seres racionales. Esta es una de las ventajas prácticas de estudiar las condiciones de la vida *post mortem*. Procurad que algunas de vuestras diversiones sean de tal naturaleza que no las perdáis al morir. Buscad algo que os refine y eduque, sin fatigar demasiado el cerebro, algo que despierte vuestra verdadera naturaleza, algo que podáis llevaros al más allá y que os haga dichosos allí con los recursos internos que poseáis.

También, entre los que han salido de este mundo, encontraréis a muchas personas que todavía se hallan en las regiones más elevadas del mundo intermedio que ahora estamos describiendo, hombres de concepciones más amplias y que aman a su comunidad, a su ciudad, a su nación. Estos hombres elevan al mundo intermedio sus útiles poderes y sus buenos deseos. El estadista o el político que amó a su pueblo y le sirvió no perderá con la muerte su deseo de ser útil. En ese mundo superior todavía puede trabajar en pro de las causas que amaba e infundir a los demás el entusiasmo que aquí les inspiraba.

Viviendo en nuestro mundo tened perspectivas más amplias, preocuparos por el bien de la humanidad, por ese yo más amplio que el limitado a la prisión del cuerpo. Cuando paséis al otro mundo, vuestra vida será más amplia, rica y más llena de feliz actividad, en vez de una de mezquina, pobre y falta de motivos de acción, puesto que habréis preparado aquí los materiales con que habréis de formar allí el edificio de vuestra vida.

Salgamos de este mundo intermedio y pasemos al mundo celeste, un mundo de crecimiento y de más rápida evolución. Todas las personas llegan a ese mundo, incluso los de más pobres virtudes y de inteligencia más limitada. Los seres inferiores a los que me he referido al principio pasan, inevitablemente, por experiencias dolorosas hasta que, habiéndolas agotado, entran en el mundo celeste para permanecer en él poco tiempo, pues los materiales espirituales que poseen son escasos. No se pierde ni una semilla de bondad, ya sea emotiva o intelectual. El alma que la creó la verá florecer en el más allá. Ahora bien, no todas las personas llevan una vida igual en el mundo celeste, puesto que la felicidad que allí se experimenta depende de nuestra capacidad de ser felices: nadie es más feliz de lo que puede. Ante todo, en el mundo celeste se encuentra la satisfacción perfecta de todos los amores y afectos que sentimos en la tierra. Los amores que tronchó la muerte y los afectos que no llegaron a florecer, jamás dejaron de realizarse en los mundos celestes. El amor en la tierra es un fracaso; pero en el cielo es un triunfo. Con

frecuencia nos preguntan: "¿Nos reconoceremos en el cielo? ¿Encontraremos allí a los seres queridos?" ¿Acaso podría existir el cielo si no encontráramos en él a los que amamos, o si alguno de los seres queridos no pudiera entrar allí? El ciclo del amor debe completarse. Eso es lo que hemos descubierto. Jamás perderemos a los seres queridos. Pensad unos momentos en esto y veréis si tengo razón. Vosotros no amáis tan sólo a los cuerpos, sino también a los espíritus inmortales de los que adoráis. La madre quiere a su hijo, pero él va cambiando hasta que, de niño que se cobija en su seno, se transforma en hombre que le sirve de apoyo. El cuerpo del hijo cuando era niño difería mucho del de cuando es hombre; pero, sin embargo, siempre es el hijo y lo que la madre ama no es el cuerpo, sino el hijo, si bien también ama al cuerpo porque es de su hijo. En el mundo celeste su hijo, estará siempre junto a ella. Lo mismo sucede con todos los lazos de amor que parecen haberse roto en la tierra. ¿Tenéis un amigo que se ha enemistado con vosotros por no comprenderos? ¿Tenéis algún amigo que os ha olvidado o ha correspondido a vuestro afecto con frialdad y a vuestra ayuda con ingratitud? No os preocupéis. Seguid queriéndole, aunque os odie. Amadle incesantemente, aunque os haya olvidado. Porque en el mundo celeste volveréis a tener su amistad. No rompáis el lazo de amor que os une a él y que os atraerá en el mundo celeste.

Lo que sabemos de la vida de ultratumba no es una quimera de gente ociosa, ni un producto divertido e inútil de la imaginación. Aquí se prepara lo que ha de utilizarse y disfrutarse en los otros mundos. Cuando comprendáis esto, o cuando empecéis a comprenderlo, cambiaréis la orientación de vuestra vida y os prepararéis para la larga vida celeste, pues la vida terrena es como el descenso de una gaviota hacia el mar en el que se posa breves momentos, tan sólo para apresar el alimento que necesita. Nosotros también, hijos del cielo y no de la tierra, descendemos de la vida celeste a la terrena para llevamos a nuestra morada superior las experiencias necesarias. La vida en la tierra sirve para proporcionamos experiencias que transformaremos en carácter y poder en el cielo para reunir las semillas que han de madurar allí, para hacer posible aquí el esplendor y la gloria de la vida celeste, y cuando se sabe esto, no se deja que transcurran los días sin preparar semillas para la gran cosecha que ha de madurar en el cielo.

DE CÓMO BUSCAMOS LA VERDAD

La Sociedad Teosófica está compuesta de estudiantes, pertenecientes o no a cualquier religión del mundo, que unidos por la aspiración de acabar con los antagonismos religiosos y congregar a los hombres de buena voluntad, desean estudiar las verdades subyacentes en toda religión, y participar a los demás el resultado de sus estudios. No les une la profesión de una creencia común, sino la aspiración de encontrar la Verdad. Juzgan que ésta puede alcanzarse por medio del estudio, la meditación, la pureza de vida y la dedicación abnegada a los ideales elevados y consideran que la verdad es un fruto del esfuerzo y no un dogma imponible por autoridad alguna. Consideran que las creencias deben ser el resultado del estudio individual o de la intuición y no de su antecedente, y que deben basarse en el conocimiento y no en asertos. Comprenden, en su tolerancia, a todos los hombres, incluso a los intolerantes, no como un privilegio que conceden, sino como un deber que cumplen, tratando de terminar con la ignorancia sin atacar a los que la padecen. Ven en cada religión una expresión parcial de la Sabiduría Divina y prefieren su estudio a su condenación, y su práctica al proselitismo. Su consigna es Paz; su aspiración, la Verdad.

Digitalizado por Biblioteca Upasika
www.upasika.com